# Dignidad

Hay palabras y conceptos que envejecen bien y otros muy mal  como por ejemplo “honor”, “dignidad”, “pundonor”, “honra” o “ser fiel a la palabra dada”. ¿A que huelen a naftalina y suenan a pereza supina? Algunos incluso se han visto asociados a actividades o personas nada recomendables. Como “dignidad”, que muchos (y yo entre ellos) de inmediato relacionamos con aquella siniestra colonia alemana en Chile que se hizo tristemente célebre durante la dictadura militar como centro de detención y tortura. “Honra” y “ser fiel a la palabra dada” por su parte recuerdan demasiado a don Vito Corleone, mientras que “honor”, qué quieren que les diga, la escucha uno y casi se pone a cantar el “Cara al sol”. Y sin embargo, por mal que hayan envejecido y por mucho que recuerden a personas  o  ideologías que uno rechaza, se trata de actitudes no solo deseables en otros sino que  resultan  también provechosas para quienes las practican. Tomemos el caso de la palabra dignidad. Semanas atrás, en otro artículo, les contaba cómo mi amiga Malena se había enfrentado a dos  enfermedades  inmisericordes (esclerosis múltiple y un cáncer) sin una queja, sin venirse abajo, quitando importancia a su cada vez más evidentes limitaciones y dando gracias a Dios y a la vida por lo que aun podía hacer y disfrutar. Resignación cristiana, pensará alguno, tonta fe que no conduce a ninguna parte dirá otro,  pero lo cierto es que, al igual que la dignidad, tanto la fe como la resignación (dos términos igualmente alcanforados y viejunos) no sirven solo para aspirar el Más Allá, sino que resultan utilísimos en el Más Acá. Lo son porque, ante una situación como la que  acabo de describir, una mala mañana   uno decide  quedarse en pijama, al otro no se ducha ni se lava los dientes y al tercero  no sale de la cama, sumando así a su enfermedad  depresión y derrota. Comentaba yo todo esto con mi hermano Gervasio el otro día y él me recordó una anécdota que Primo Levi relata en  *Si esto es un hombre*, libro  en el que recoge sus vivencias en el campo de concentración de Buna-Momowitz, cerca de Auschwitz. Desposeído de todo y convertido en el número 174.517, Levi cuenta cómo, mientras el resto de sus compañeros maldecía su suerte y se dejaba  comer por las chinches y los piojos, amén de por las mil penurias y humillaciones a los que a diario se le sometía, un austríaco de nombre Steinlauf tenía una actitud peculiar por no decir extravagante. Se despertaba una hora antes que los demás, hacía gimnasia, se aseaba con agua de nieve o de algún charco y a continuación lavaba en ella también su ropa. Levi le preguntó qué sentido tenía tan absurdo ritual que solo servía para malgastar  energías. ¿No sabía Steinlauf que después de media hora de cargar sacos de carbón estaría igual de mugriento que el resto de sus compañeros? Además, si iban a morir todos ¿qué caso tenía lavarse? A esto, Steinlauf, al tiempo que cepillaba su raída chaqueta, respondió que precisamente porque el deseo de  los alemanes era convertirlos en animales y arrebatarles su dignidad, ellos debían mantenerla a toda costa, y que, para continuar vivo, era fundamental  salvar al menos el esqueleto, la armazón y  las formas de la civilización. Hay que decir que con su actitud Steinlauf llamó la atención de sus captores y logró salvar la vida. Pero Levi argumenta que, aun si no lo hubiese logrado, su comportamiento le habría servido para  hacer más llevadera su  desgracia. Porque al fin y al cabo ¿qué es la dignidad?  Según el diccionario es: “cualidad del que se hace valer como persona y se comporta con responsabilidad, seriedad y respeto hacia sí mismo y hacia los demás sin dejarse humillar ni degradar”. En otras palabras, lejos del postureo y  de  acciones vacuas  de  cara a la galería que tanto abundan hoy en día, es una cualidad que nos hace dignos y valiosos frente a nosotros mismos tal como le ocurrió a Steinlauf y también a mi muy querida Malena. Él sobrevivió y ella no pero el tiempo que estuvo entre nosotros fue  más  llevadero y pleno gracias en gran parte a esa vieja y  tantas  veces desdeñada palabra de tres sílabas.